

José María Castiñeira de Dios

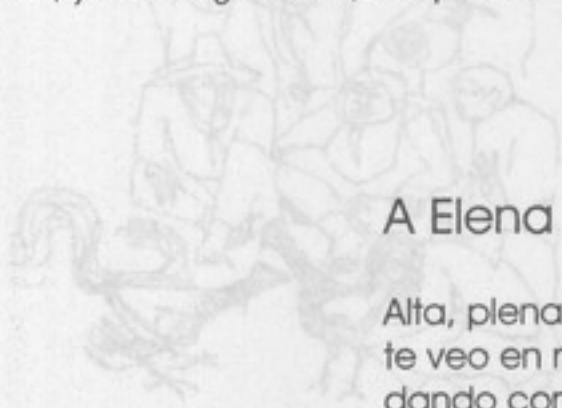
A principios del mes de agosto estuvimos conversando con José María Castiñeira de Dios. El lugar del encuentro fue la Sociedad Argentina de Escritores que el poeta preside desde 1995. El motivo fue, para quienes lo desconocían, acercarse y, para quienes fuimos sus alumnos, recordar aquellas clases en que los conceptos convivieron con las anécdotas.

Sin duda, por su larga trayectoria y por la diversidad de su creación, no nos resulta fácil sintetizar su vida y su obra. Diremos, sí, que se reconoce discípulo dilecto de Leopoldo Marechal y que formó parte de la denominada "Generación del '40", junto a Olga Orozco, Enrique Molina,



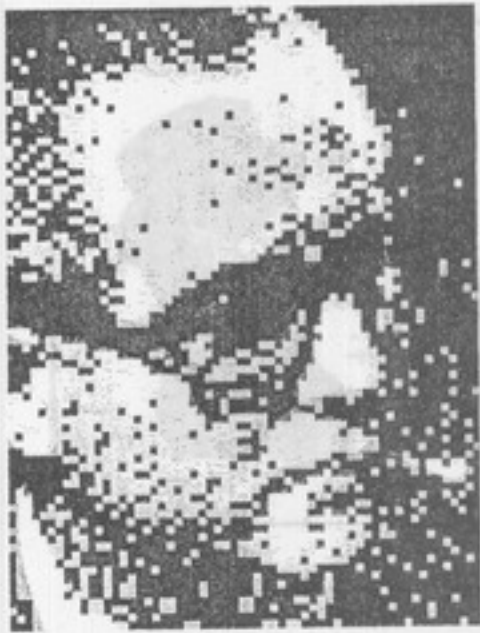
María Granata, Alberto Girri, León Benarós y Vicente Barbieri, entre otros. Estos autores se reúnen bajo una consigna nacionalista: "queremos para nuestro país una poética que recoja su aliento, su signo geográfico y espiritual". Es esta la época en que numerosos autores provincianos se establecen en Buenos Aires desde donde recrean los lejanos paisajes. Así, una constante en la obra de Castiñeira de Dios es el canto a la patria del sur —nace en Ushuaia en 1920. En su producción lírica encontramos

obras como *El ímpetu dichoso* (1943), *Campo sur* (1952), *El leño verde* (1960). Su ferviente catolicismo le ha inspirado numerosos poemas reunidos en *El santito Ceferino Namuncurá* (1968), *Testimonio cristiano* (1982), entre otros.



A Elena

Alta, plena como el día,
te veo en mi soledad
dando con tu claridad,
guerra a la melancolía.
Aunque la pena porfía
idesmoronemos su valla!
Donde la alegría calla
calla el Amor y se va;
con vos el Amor está
siempre dando su batalla.



La tapera

Clavé los ojos en el campo abierto
como la luz clava el rejón del día;
el Tiempo ardía en su espiral vacía
pero a sus pies estaba el tiempo
/muerto.

Quise negarme a ese testigo cierto
pero una voz, tallada en la alegría,
se alzó entre los adobes y decía:
la luz es más hermosa en el desierto.

Cerré los ojos, y en tal punto digo
que levanté la casa a cal y canto,
techada en cielo, cimentada en trigo;

volví a mirar con un dolor sin llanto
y ví que redoblaban su castigo
la soledad, el cardo y el espanto.



La anunciación a Nuestra Señora

Mi niña Virgen, tan señora, apenas
madre en agraz y cántaro vacío:
ya se acerca el Arcángel del envío
con palabras de miel y enhorabuenas.

El amor se derrama a manos llenas
en esa voz de mirlo y de rocío.
¡Gloria al Señor que baja al pueblo
/mío
para pallar sus llantos y sus penas!

Toda la luz se ha puesto de rodillas
y el cielo se ha quedado sin orillas
celebrando el día del encuentro.

¡Aleluya, Señora de humildades,
cántaro lleno, vientre de verdades:
qué sola estás con todo un dios
/adentro!